

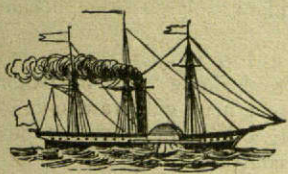
ZOROBABEL RODRIGUEZ, REDACTOR PRINCIPAL

Suscripciones.

Un año \$ 10 00
Seis meses \$ 6 00
Tres id \$ 3 60
Un mes \$ 1 00
Número suelto \$ 0 05

OFICINA.

CALLE DE PRAT, NÚM. 70.



Salida de vapores

Compañía de Navegacion por Vapor en el Pacifico.

COMPANIA SUD-AMERICANA DE VAPORES.

Vapores para Europa

(POR LA VIA DEL ESTRECHO DE MAGALLAN.)

Vapor COTOPAXI,

su capitán Hayes, saldrá para Europa el

sábado 14 de noviembre.

Este vapor tocará tambien en Bahía y Pormabuco.

Vapores para el norte

Vapor LIMARI,

su capitán Roberts, saldrá para Caleta Buena con

escala en Los Vilos, Tongoi, Coquiunbo, Totorilla,

Peña Blanca, Hualuco, Caldera, Carrizal Bajo,

Emeralda, Taltal, Oliva, Antofagasta, Colé,

Tocopilla, Huanillos, Pabellon de Pica e

Iquique el

mártes 10 de noviembre.

Este vapor de regreso tocará en Iquique,

Pabellon de Pica, Huanillos y Los Vilos.

Vapor MAIPO,

su capitán Stewart, saldrá para Mollendo, con

escala en Coquimbo, Hualuco, Carrizal Bajo,

Caldera, Chañaral, Taltal, Antofagasta, Iquique,

Pisagua, Arica, el

mércoles 11 de noviembre,

a las seis de la tarde.

Vapor SERENA,

su capitán Whittingham, saldrá para el Callao con

escala en Coquimbo, Hualuco, Carrizal Bajo,

Caldera, Chañaral, Taltal, Antofagasta, Iquique,

Pisagua, Arica, Mollendo y Pisco el

sábado 14 de noviembre,

a las seis de la tarde.

Este vapor conduce la mala para San Francisco.

Vapor BOLIVIA,

su capitán Kissack, saldrá para Mollendo, con

escala en Coquimbo, Hualuco, Carrizal Bajo,

Caldera, Chañaral, Taltal, Antofagasta, Iquique,

Pisagua y Arica, el

mércoles 18 de noviembre,

a las seis de la tarde.

Vapores para el sur

Vapor CHILOÉ,

su capitán Vanhagen, saldrá para Puerto Montt, con

escala en Tomé, Talcahuano, Coronel, Lota,

Corral, Anod y Calbuco, el

14 y 29 de cada mes,

a las doce del día.

Vapor COPIAPO,

su capitán Chase, saldrá para Puerto Montt,

con escala en Tomé, Talcahuano, Coronel, Lota,

Corral, Anod y Calbuco, el

6 y 21 de cada mes,

a las doce del día.

Vapor CACHAPOAL,

su capitán Mayhew, saldrá para Liraquete

el

viércoles 13 de noviembre,

a las cinco de la tarde.

Y en su viaje de regreso tocará en Talcahuano

y Tomé.

MOVIMIENTO DE VAPORES.

Noviembre de 1885.

LLAGADAS.

Viernes 9 Vap Chiloi, de Castro, Puerto Montt

e int.

Mártes 10 Vap Serena, de Panamá e int.

Viernes 13 Vap Cochapal, C S A, de Mo-

llendo e int.

El 13 Vap Bolivia, de Coronel, Tomé y

Talcahuano

—Camba, que no tiene nada de flamante ni muelle! ¿No

tiene más que esta?

—Oh, sí contestó la niña.

—Te daré otra... ¿Quieres?

—Oh! No.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque pronto tendré una muy bonita.

—¡Hola!

Y el señor de Villeteense reflexionó un momento; luego una

idea acudió a su mente.

—¿Quién te va a dar esa muñeca? preguntó.

—Yo, contestó Margarita impetuosamente, con las mejillas

como la grana, y las cejas contraídas.

—No... tú no... balanceó la niña sin inmutarse.

—¿Pues quién? replicó el Barón.

—Mamáita.

—¿Cómo se llama?

—¿Te prohibo que lo digas! exclamó Margarita con jésto im-

perioso.

Hermínia miró a su nodriza con aire asustado. Un momento

después, como si comprendiera lo peligroso de las circunstancias,

se volvió al que le preguntaba, y frunciendo las cejas:

—No te diré nada, tartamudeó: nada, nada.

—¡Bueno! pues no hablémos más, hija mía, y no te pongas

tan seria conmigo.

—No quiero reírme.

—¿Por qué?

—Porque... porque tal vez no quieres a mamáita... Gabriela.

Simon y su hermano se estremecieron y se turbaron. Estaban

sin saber qué hacer.

El señor de Villeteense parecía no haber comprendido lo

que había oído.

—¿Gabriela? repitió con asombro.

—Sí, murmuró la niña.

—De Celestange? añadió el Barón.

—¿De... Celestange, articuló el anciano, acompañando sus

palabras con un signo afirmativo.

Margarita dió un salto, y tembló de indignación.

—Eso que habéis hecho, caballero, dijo trémula de cólera, es

una mala acción. No se debe procurar descubrir un secreto va-

liándose de la inocencia de un anciano.

—No, verdaderamente no se debe! exclamó Simon, irritado

tambien, y sosteniéndose apenas para no perder el equilibrio.

—Mas tranquilízate despacio, continuó.

—Además, ¿qué te puedes prestar a las palabras de una niña

que no sabe lo que dice?

—El Barón se puso grave, casi solenne, y fijando en las caras

de los dos hermanos una mirada de indignación y de autoridad,

habló así:

—Sois muy honrados, dignos de la confianza que han puesto

en vosotros. Si es necesario, yo daré fe de ello, y cuando yo lo

diga, nadie lo dudará. Mi palabra tiene autoridad entre aquellos

que me conocen. Tal vez no tardaréis en adquirir el convencimi-

ento de esto. Entre tanto, creed que debo tener motivos muy

potentes para haberme permitido hacer caso de las palabras de

una niña y para estimular la injenuidad de su indiscreción. Im-

portados muchísimo que yo supiera a que atenerme acerca de

ciertos rumores que habían llegado hasta mí, relativos a la seño-

ría de Celestange. Por ahora, me basta con lo que he sabido.

Tampoco insistiré con vosotros en la esperanza de obtener la

confesion de vuestras relaciones con esa señorita. ¿Por qué vie-

nos aquí con frecuencia? ¿Cómo se ha producido la singular fa-

miliaridad que tiene con la niña que está a vuestro cuidado, y

que la llama mamá? ¿Qué secreto hai en todo esto? Nada os

preguntaré, porque estoy seguro de que no me lo diréis. Pero se

lo preguntaré muy pronto a la señorita de quien hablémos, y

cuando yo la interrogo, no podrá callar sin correr el peligro

de hacerse concebir horribles sospechas. Necesita lo que

quiera, guardarse siempre un buen recuerdo de vosotros, y si al-

guna vez necesitáis la proteccion de alguien, acordaos de mí.

El Barón de Villeteense tendió muchísima gusto en poder ha-

cer algo por vosotros, porque lo merecís.

Esta amabilidad del anciano no calmó la indignación de Mar-

garita, que replicó con sequedad:

—Dios quiera, caballero, que no nos veamos nunca obligados a

pedir amparo a un gran señor. Pero si esto ocurre, creed que

no nos dirijiremos a vos.

—Tenemos muy buena memoria, añadió Simon, y no olvidare-

mos fácilmente el disgusto que nos habéis dado hoy.

—¿Por para mí! contestó el Barón sonriendo. Porque qui-

siera contaros entre mis protegidos.

Hizo un saludo con la mano, y de nuevo se encaminó hacia

la puerta del jardín

—¡Ha a llegar a ella, cuando la abrieron desde fuera.

Gabriela entró.

—¡Vos aquí, Barón! dijo palideciendo.

—Yo mismo, señorita, muy deseoso por cierto de saber por

qué venís vos.

—¿Pues creed que mi sorpresa, señorita, iguala, cuando más,

a la vuestra, respondió el Barón. Si no comprendéis el por

qué de mi venida a la calle de la Asunción, ménos me explicó yo

la vuestra, aunque me complazco en creer que nuestro asombro

esará muy pronto, tan luego, como nos expliquemos mutua-

mente las razones que hemos tenido para dar este paso, que a pri-

mera vista tiene algo de extraño y misterioso.

—La joven miró al cielo, no sabemos si buscando una inspira-

cion, o si poniéndolo por testigo de la inocencia de su conduc-

ta. Cuando bajó los párpados, humedecidos por una lágrima

furtiva, vio a Hermínia que, saltando y brincando, corría a su

encuentro con los brazos abiertos. Rápidamente, pero sin vacilar,

dió algunos pasos hacia la niña, y cojiendo entre sus manos

aquella cabezita de ángel, la cubrió de besos.

Hermínia, intimidada sin duda por el aspecto severo del Ba-

rón, no acompañó con ninguna exclamacion de gozo las caricias

que apresuradamente devolvía a la señorita de Celestange; pero

se acercó a su oído y le dijo, muy quedo:

—¡Oh, mamáita! ¡Mamáita mi Gabriela!

Luego, recordando de pronto la recomendacion que le habían

hecho otras veces, añadió en voz mas alta:

—¡Buenas tardes, amiguita! ¡Buenas tardes!

Y adoptó un aire tan circunspecto y tan malicioso al mur-

murar estas palabras, que Gabriela no pudo ménos de reírse al

mismo tiempo que se enternecia. Después de estrechar repeti-

das veces entre sus brazos a la niña, dijo a Margarita y a Si-

mon que se la llevaran de allí.

—Quiero estar sola con esta cabellera... ¡aún lí, recordando

toda su presencia de ánimo.

—Simon y Margarita se llevaron a la niña a la casa, y cerraron

discretamente la puerta, mientras que el señor de Villeteense y

Gabriela, que llegaban entónces al cenador, tomaron asiento en

uno de los bancos rústicos que allí habia.

—Cuando fué a insistir pidiendo explicaciones, un temor repen-

tino hizo estremecer al noble anciano.

—Temí hallar una culpable en aquella persona encantadora, a

quien su imaginacion habia atribuido siempre virjinal candor y

cuya frente le pareciera hasta entónces adornada de algo así

como una aureola celestial.

De modo que queriendo retrasar el instante de sufrir tal vez

un desengaño, empezó haciendo el elogio de Margarita y de Si-

mon.

—Os felicito, Gabriela, porque hai aquí buenos corazones que

os quieren mucho. No he de ocultaros que por todos los medios,

hasta por el soborno, he tratado de hacerlos confesar que os co-

nocían, y no he podido conseguirlo. Creí luego granjearme su

confianza, para que consistieran en revelar el secreto de vuestras

relaciones con ellos, y tambien hubé de renunciar a esa es-

peranza. Declaro que la rectitud de su conducta molestaba a mi

dignidad, cuando creí conveniente dar por terminada la entre-

vista. Cuando llegasteis, me iba ya, llevandome un recuerdo

agradabilísimo de estas honradas jentitas, que han adquirido mi

estimacion, y que son bien dignas de vuestro afecto.

—Sí, respondió Gabriela, muy oída en un preámbulo de un

gran cariño, que yo les agradezco, y os debo razon para elojiar

la probidad de estas buenas jentitas.

—Provechándose esta última palabra, como una transicion, el

señor de Villeteense levantó la cabeza con la severidad de un

juez, y replicó en tono solenne:

—¡Debo tambien, señorita, elojiar del mismo modo vuestra

condución? ¿Qué significacion debe atribuirse a las visitas que ha

hecho a esta casa? ¿Cómo interpretáis el cariño y la solicitud es-

traños que tenéis por esa niña a quien abrazáis con un momen-

to, y que os llama mamá?

La señorita de Celestange se llevó la mano al corazón, como

para contener sus violentos latidos, y no contestó.

—¿Por qué calláis? preguntó el Barón.

—Porque no puedo decir la verdad.

—¿Tan extraordinaria es? ¿Ocultará una de esas faltas gra-

ves que una señorita debe avergonzarse?

—Es un secreto que he jurado no revelar a nadie.

El señor de Villeteense frunció las cejas, y su semblante al-

quirió una expresion de extraordinaria severidad.

—¡Olvídais, señorita, replicó esa acento firme a la par que

dulce, que tengo algún derecho para preguntaros y para pedir

cuenta de condución tan singular. Mi hijo quiere casarse con vos;

¡lojico es pues, que yo desee saber cuanto pueda relacionarse con

el decoro de quien ha de ser mi hija. Os lo pido por Dios; es

esplícitas.

—¡Ah! Repito que me es imposible.

Y en la voz de Gabriela conocióse su angustia. Logró al cabo

calmarse un poco, y siguió diciendo con una melancolía llena de

anonio:

—Señor Barón, os quiero y os respeto, como no podéis quie-

rerlos. Ahora que mi madre ha muerto, si hai alguna persona que

sin reserva de ningún género se lo confiará yo todo, todo, hasta

los errores y las faltas que hubiera podido cometer, esa persona

es ciertamente el padre de Gustavo de Villeteense; esa persona

sois vos; os suplico, pues, creais que si me niego ahora a con-

testar a vuestras preguntas, es porque una razon imperiosa me

obliga al silencio, es porque callando cumplo un deber sagrado.

—¿Habeis hecho juramento?

—Sí, Barón.

—¿De modo que tendreis un secreto para mi hijo, aun en el

caso de que sea vuestro esposo, y que os dé a guardar el honor

de nuestro apellido?

—Espero que no me exijirá que hablé, y que su corazón ten-

drá una fe ciega en el mío.

—¿Pero ¿y la sociedad, Gabriela